

“AYUDÉ A TRANSFORMAR EL TALLER EN UNA EMPRESA”

Mario Andrés Bianchi

Los orígenes

Nací el 5 de enero de 1943 en el pueblo de Avellaneda, Provincia de Santa Fe, hijo de Andrés Bianchi y Victoria Planisich.

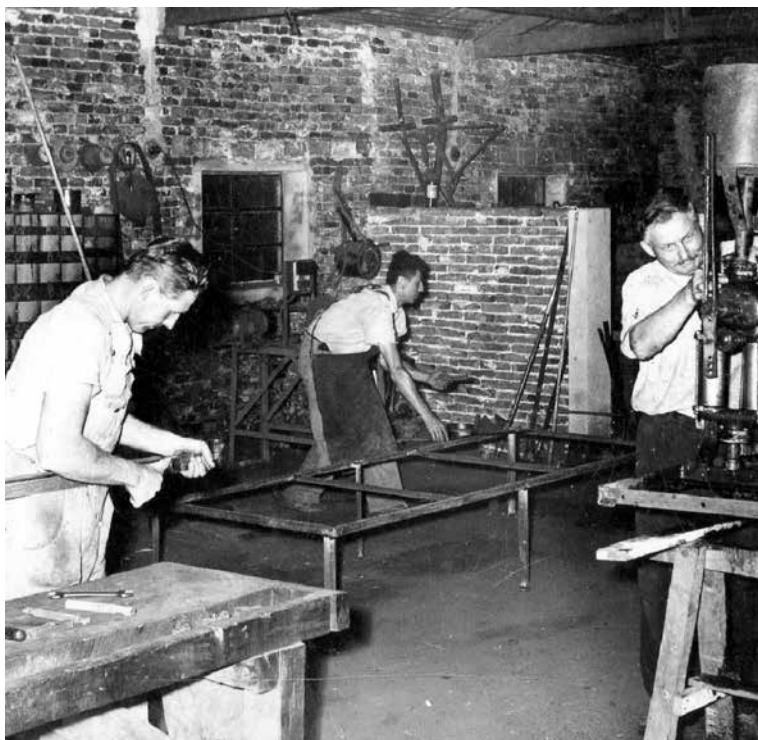
Mi bisabuelo, Pedro Bianchi, llegó con dieciséis años a la Argentina. Fuimos de las primeras familias que vinieron a Avellaneda, desde la región del Friuli, en el noreste de Italia, cuya capital histórica es la ciudad de Udine.

Al pueblo lo llamaron Avellaneda en honor al presidente Nicolás Avellaneda, que había donado las tierras. Cada una de esas familias recibió ciento cuarenta y cuatro hectáreas para desmontar y trabajar. Los esperaba una vida rústica y sacrificada.

Mis padres se dedicaron, como tantos colonos de aquellos tiempos, a la agricultura.



Los orígenes de Dolbi.



Los comienzos de Dolbi.

Cursé mis estudios primarios en Avellaneda. Los primeros tres años, en la colonia cerca de donde vivíamos. Los otros tres, en un colegio parroquial. Iba seis kilómetros a caballo desde mi casa. Además, colaboraba en el campo, cosechando algodón y maíz. Desde muy chico supe lo que significaba el trabajo y el esfuerzo.

En el '68, con mi madre y hermanos nos mudamos a la ciudad. Cuando terminé la escuela primaria, me aconsejaron que siguiera el sacerdocio. Estuve en el seminario de Guadalupe, en Santa Fe, donde cursé el secundario y tres años de la carrera de filosofía.

Como consideró que mi aptitud para la formación espiritual era positiva, el obispo me envió a Roma para que estudiara teología. Allí me eduqué en esa disciplina durante tres años.

En cierta oportunidad, como quería conocer el lugar adonde habían pertenecido los míos, fui a la región del Friuli, a buscar gente con mi mismo apellido. Tuve la suerte de, al segundo intento, encontrar a un hombre que tenía en su casa la réplica de la foto que, el hermano de mi bisabuelo le había mandado a su hermano, con toda su familia a América. Esa fue la mejor prueba de que éramos parientes. Nos estrechamos en un abrazo que hoy, al recordarlo, todavía me emociona.

A partir de ese momento, estreché lazos entrañables con la región y su idioma, un dialecto que domino igual que el italiano, bastante diferente aunque se hablen los dos en el mismo país.

Comienzos en la industria

Dolbi nació en la década de 1950, cuando mi cuñado, Humberto Dolzani, puso un taller de reparaciones y herrería en Avellaneda. En el '62, se asoció con su hermano Carlos y con Alberto Bianchi, mi hermano. Los Dolzani son nuestros cuñados, porque están casados con nuestras dos hermanas mayores.

Llamaron a la empresa Dolbi, por la unión de la primera sílaba de sus apellidos: Dolzani y Bianchi.

Al comienzo, se dedicaban a la reparación de maquinarias importadas, porque había que adaptarlas al terreno de la zona. Hasta que llegó un momento en que se dieron cuenta de que ellos mismos podían dedicarse a la fabricación.

En 1968, cuando desistí de la carrera religiosa, regresé a la Argentina y entré a trabajar en el área administrativa de Dolbi.

Los fundadores me estaban esperando. Eran personas que habían salido del campo, con apenas unos pocos años de escuela primaria. Sabían fabricar maquinas agrícolas, pero su fuerte no era llevar la parte financiera ni la gerencial.

Sabían que, por mi preparación, podía encargarme de ese sector. Tantos años después, y viendo el desarrollo de Dolbi, puedo afirmar que ayudé a transformar el taller en una empresa.

Haciendo industria en Argentina

Desde los '70 hasta los '90, nuestro producto estrella era una máquina para limpiar la maleza. Se vendió en todo el norte de la Argentina. La máquina era emblemática. La gente directamente pedía una Dolbi.

Con el tiempo, fuimos desarrollando distintos equipos en función de la evolución del mercado y de la economía argentina.

En los más de cincuenta años de vida de la empresa, pasamos por todas las crisis. En la época del Rodrigazo, éramos doce personas. En los '90, incursionamos en equipos para siembra directa. En el 2001 sobrevivimos como pudimos, pero no despedimos gente.



La planta de Dolbi. Año 2017.

En 2006, fabricamos una máquina cosechadora de algodón inventada por el INTA. Fuimos elegidos para producirla entre muchos otros fabricantes. Se convirtió en un gran éxito de ventas. Llegamos a exportarla a Paraguay, Turquía, Sudán y otros países de América Latina.

También hicimos otra máquina, una roto enfiadora, esto es hacer un fardo con el algodón a granel y envolverlo con un film para que se mantenga unido. Por ello, nos dieron la Medalla de Oro de Ternium Siderar en Expoagro 2017.

La última crisis fue en el 2015, por los problemas en el campo. La facturación cayó a la mitad. En 2016, con el cambio de gobierno, vino el despegue. Nuestras ventas subieron un 200%.

Siempre tuvimos un trato muy familiar con los empleados. Por eso, no hubo problema en pasar cada una de las crisis con ellos.

Dolbi, hoy

La empresa se dedica actualmente a la fabricación y venta de máquinas agrícolas que se destacan por su tecnología de vanguardia, la calidad de sus materiales y su probada eficiencia.



Interior de la planta de Dolbi.

Gracias a nuestros estándares de calidad, nuestras máquinas se adaptan a las más severas condiciones de trabajo.

Producimos sembradoras de granos gruesos, sembradoras de granos finos, rolos trituradores, cultivadores de campo, fertilizadoras, desmalezadoras y cosechadoras de algodón y ahora la rotoenfardadora.

Nuestros equipos están presentes en las principales regiones productivas, a través de una amplia red de concesionarios oficiales que comercializan implementos, repuestos y además brindan servicio personalizado a cada productor, atendiendo sus necesidades y permitiéndoles ser altamente eficientes en su actividad. También hemos exportado a Brasil, Uruguay, Paraguay, Sudan, Turquía y Venezuela.

Trabajamos en una planta de 13.500 m² en un predio de tres hectáreas y contamos con un equipo de noventa empleados, entre administrativos, operarios y técnicos. Además, tenemos un criadero porcino, y hacemos algo de agricultura como campo de experimentación para probar nuestras máquinas.

Una clave es el trato con los clientes. Siempre tuvimos un máximo respeto. Los clientes saben que entregamos en tiempo y forma. Y los proveedores, que pagamos las cuentas cuando corresponde. La palabra vale más que cualquier contrato. Que en nuestra marca estén incluidas partes de nuestros apellidos vuelve más fuerte la responsabilidad que nos liga a ellos.



Premio a la innovación industrial recibido por Dolbi.

Compromiso con la sociedad

Además de mis actividades como industrial, mantengo un fuerte compromiso con la sociedad.

Estamos afiliados a la Cámara Argentina Fabricantes de Maquinaria Agrícola (CAFMA), a través de la cual somos miembros de ADIMRA. Participé durante bastantes años en el gremialismo empresario. Ahora es mi hijo y mi sobrino quienes se ocupan de esos temas.

En el '68, fui uno de los fundadores de CICA, la Cámara de Industria y Comercio de Avellaneda. También me desempeñé como director de la Cooperativa Agrícola durante dos períodos, y también dos períodos en el Consejo Municipal.

Siempre me gustó dar una mano y tratar de ser útil. Nunca busqué sólo mi bienestar personal.

Cuando regresé de Roma, creé el centro friulano de Avellaneda, para unir a la comunidad de donde llegaron los fundadores del pueblo. Fui presidente durante tres décadas. Cada año viajaba a Italia a una reunión con los otros centros friulanos del mundo.

Mario Bianchi.



Después de varios años, conseguimos que la provincia de Gorizia se hermanara con Avellaneda. Esto generó más contacto, intercambio de jóvenes y hasta recursos para hacer obras en el pueblo.

Desde el año 2001 hasta hoy, cada año doce chicos van a estudiar el secundario en el Friuli durante nueve meses.

Por toda esta actividad, el consulado de Rosario me nombró corresponsal consular del departamento de General Obligado.

El legado

Con mi esposa, Marta Nadalich, tuvimos tres hijos: Rosana, contadora pública; Hernán, jefe administrativo de Dolbi y Mariano, que trabaja en la parte administrativa de la granja. Fiorella Rocío y Keila, nuestras dos nietitas, nos hicieron conocer una alegría diferente: la de ser abuelos.

De los que comenzamos poco después de que se fundara la sociedad, quedamos los tres hermanos Bianchi: Daniel, Jorge y yo.

De mis hijos actualmente trabaja en la empresa Hernán, de mi hermano Alberto, Fabián y Mauro, de los de Jorge se integro Enzo, que es Ingeniero Agrónomo; de parte de los hermanos Dolzani, de Humberto, sus hijos: Elbio, Juan Carlos, Héctor y Pablo y de Carlos, Rubén y Eladio.

Los hijos de Daniel Bianchi trabajaron un tiempo, en estos momentos tienen sus tareas particulares, por eso decimos y se concreta en la práctica, que es una empresa familiar.

Los tres hermanos estamos jubilados, pero cumplimos aun algunas tareas en tiempo parcial. Hasta el año pasado yo trabajaba todo el día. Ahora voy a la empresa sólo a la mañana. Por las tardes me dedico a la granja porcina. Y en mis ratos libres cuido de mi huerta, una tarea que me entretiene y me hace bien.

De mi padre, aprendí la fe católica, el trabajo, el respeto por los mayores y el concepto de familia.

A los jóvenes les sugiero que no estén tan desperdigados en cosas que no tienen sentido y que no sirven a nadie. Que dediquen más tiempo a la formación personal, espiritual y científica. Eso es lo que les va a servir.

Que se concentren en su personalidad y en qué es lo que quieren para el futuro. Que tengan firmeza en su voluntad y sepan definir los valores: qué está bien y qué está mal y saber decir que no a aquellas cosas que pueden perjudicarlos.

Hoy, miro hacia atrás y veo mi vida como una larga historia de estudio y de trabajo, años dedicados a hacer crecer a la familia y a la empresa, siempre ligadas. Me da mucho orgullo haber ayudado a Dolbi a ser lo que es hoy, a cincuenta y cinco años de su creación; una industria que va por la tercera generación, con presencia en la provincia, en el país y en el mundo.